



Sensibilidad cotidiana y aprendizaje

Bernardo Gutiérrez Razo

Centro de Actualización del Magisterio en Zacatecas (bernardogr1495@gmail.com)

 <https://orcid.org/0009-0000-1898-6654>

Recibido: 30/07/2025 / Aceptado: 25/09/2025 / Publicado: 15/11/2025

Para citar este artículo:

Gutiérrez, B. (2025). Sensibilidad cotidiana y aprendizaje. *Ixtli. Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*, 12(24), 154-171. <https://doi.org/10.63314/CHFC3251>

Resumen

El objetivo es una propuesta de relectura del concepto de educación. Lo anterior partiendo de la propuesta del concepto de sensibilidad situada que comprende a la experiencia como un fenómeno dinámico que moldea la manera en que los individuos aprenden e interactúan con su entorno. Inspirado en el pensamiento de John Dewey y la estética cotidiana, el trabajo argumenta que la educación debe partir de la experiencia sensible alejándose de enfoques universales y descontextualizados. En el presente texto se emplea un análisis filosófico interdisciplinario, integrando ideas de la estética entendida como una teoría de la sensibilidad, la epistemología feminista y la educación crítica para demostrar cómo la sensibilidad influye en la construcción del conocimiento y éste en la transformación social. Se propone que una forma de entender la educación situada y su implicación con la sensibilidad como una herramienta esencial para reconocer y cuestionar las condiciones sociales, fomentando el aprendizaje como un proceso de crecimiento continuo. En última instancia, se defiende la necesidad de conectar la educación con la vida real, integrando la experiencia cotidiana con el conocimiento formal para proponer los principios de una enseñanza más crítica, inclusiva y transformadora.

Palabras clave: Sensibilidad situada, experiencia educativa, educación crítica, transformación social

Sensibilidade cotidiana e aprendizagem

Resumo

O objetivo é uma proposta de releitura do conceito de educação. O anterior partindo da proposta do conceito de sensibilidade situada que compreende a experiência como um fenômeno dinâmico que molda a maneira em que os indivíduos aprendem e interagem com seu entorno. Inspirado no pensamento de John Dewey e na estética cotidiana, o trabalho argumenta que a educação deve partir da experiência sensível, distanciando-se de abordagens universais e descontextualizadas. No



presente texto, é empregado um método de análise filosófica interdisciplinar, integrando ideias da estética entendida como uma teoria da sensibilidade, da epistemologia feminista e da educação crítica para demonstrar como a sensibilidade influencia a construção do conhecimento e como este contribui para a transformação social. Propõe-se uma forma de compreender a educação situada e sua relação com a sensibilidade como uma ferramenta essencial para reconhecer e questionar as condições sociais, promovendo a aprendizagem como um processo de crescimento contínuo. Por fim, defende-se a necessidade de conectar a educação com a vida real, integrando a experiência cotidiana com o conhecimento formal para estabelecer os princípios de um ensino mais crítico, inclusivo e transformador.

Palavras-chave: Sensibilidade situada, experiência educativa, educação crítica, transformação social

Everyday sensibility and learning

Abstract

The objective is a proposal of rereading of the concept of education. This starting from the proposal of the concept of situated sensitivity that understands experience as a dynamic phenomenon that shapes the way in which individuals learn and interact with their environment. Inspired by John Dewey's thought and everyday aesthetics, the work argues that education should emerge from sensible experience, moving away from universal and decontextualized approaches. This text employs an interdisciplinary philosophical analysis, integrating ideas from aesthetics understood as a theory of sensibility, feminist epistemology, and critical education to demonstrate how sensibility influences the construction of knowledge and how knowledge, in turn, drives social transformation. It proposes a way of understanding situated education and its connection to sensibility as an essential tool for recognizing and questioning social conditions, fostering learning as a continuous growth process. Ultimately, it advocates for the need to connect education with real life, integrating everyday experiences with formal knowledge to propose the principles of a more critical, inclusive, and transformative teaching approach.

Keywords: Situated sensibility, educational experience, critical education, social transformation

Introducción

La educación es una actividad tan presente en la configuración de nuestra vida que a veces pareciera darse por sentado una cierta homogeneidad al momento de pensar la intensión y extensión que componen al concepto mismo; es decir, pareciera que las instancias de los actos que entendemos como educativos tanto como sus características inherentes fueran uniformes, idénticos o, en todo caso, universales y atemporales. Al mismo tiempo que se escribe, debate y argumenta sobre educación existe una realidad – a veces diametralmente opuesta – sobre la que se intenta llevar a cabo; esta realidad está compuesta de un espectro de prácticas, saberes e idiosincrasias que son sumamente complejos. De nuevo: las circunstancias en las que se pretende educar resultan altamente diversas, cambiantes y desafiantes, con características a veces fuertemente distantes y en entornos múltiples y heterogéneos. Entonces, al tener en cuenta la realidad y diversidad de las distintas

experiencias de mundo en las que se lleva a cabo el acto de educar nos damos cuenta de que la educación misma tiene que ser replanteada de manera contundente. Si bien la reflexión dicha antes no es en ningún sentido nueva, la presente propuesta pretende pensar a la educación bajo un prisma social complejo en su interrelación con la experiencia y la sensibilidad para vislumbrar una suerte de puntos de partida y finalidades desde una filosofía de la educación. Puesto de otra manera; el objetivo consiste en plantear una relectura del concepto de educación a través de la sensibilidad situada para pensar en los diferentes sitios donde tiene lugar la educación – esto bajo el supuesto de que este proceder es solamente un planteamiento que no tiene por qué ser en sí mismo lógicamente excluyente con otras visiones o acercamientos a la educación que puedan ser coexistentes o incluso complementarias a la presente.

Ahora bien, el texto parte principalmente de las ideas del filósofo americano John Dewey y de algunos acercamientos contemporáneos al pensamiento estético – principalmente en la corriente anglosajona. La llamada estética cotidiana – partiendo de las ideas de Alexander Baumgarten – parte del supuesto de que la experiencia estética comprende tanto a las artes y la naturaleza como a la vida de todos los días; es un acercamiento que busca democratizar de alguna manera al fenómeno estético y ampliar su campo de reflexión. Arnold Berleant, por su parte, propone incluso que deberíamos entender a la estética como una teoría de la sensibilidad. Aquí quiero mencionar que entiendo el término de ‘estética’ como una teoría de la sensibilidad y no como se le suele entender tradicionalmente como fuertemente relacionada o, incluso, identificada como una filosofía del arte o de la apreciación de la naturaleza. Así, cuando se habla de experiencia estética no tengo en mente a la experiencia típicamente relacionada como un encuentro con las artes y/o la naturaleza sino de una forma *sui generis* de experimentar el mundo. Berleant (1992, p. 84) escribe que “como teoría de la sensibilidad, la estética se centra en la gama, las cualidades y los matices de la experiencia sensorial, así como en su discriminación, agudeza y sutileza, su significado perceptual experimentado y su componente emocional”. Entonces, el presente es un ejercicio de pensar el papel que tiene la estética filosófica como una teoría de la sensibilidad y su implicación con el aprendizaje y la educación. Esto es, partir de un concepto amplificado de la estética y plantear sus potenciales rendimientos en la filosofía de la educación a través del concepto deweyano de *experiencia*.

El proceder del texto es como sigue: primero se propone delimitar lo que se entiende por la experiencia del entorno y el papel que tiene la sensibilidad en la manera en la que nos relacionamos con el mundo. Asimismo, esboza el cómo es que nos vemos determinados por el entorno al mismo tiempo que nosotros también lo determinamos, plantea que la experiencia está irremediabilmente situada y por ende la sensibilidad cambiante de los receptores tendrá significaciones tan variadas como sean variados los contextos y los receptores, apuntando así a que cualquier intento de universalización de valores y significados es una mirada miope a la complejidad del ser humano y sus relaciones con el mundo. En el segundo momento se desarrolla el concepto de educación de Dewey y su implicación de crecimiento para proponer que, a partir de la experiencia situada, se puede vislumbrar una educación que comprenda a los individuos en sus distintas redes de sentido

y sus condiciones propias de existencia. También esboza cómo es que la estética, entendida como filosofía de la sensibilidad, junto con el pensamiento reflexivo en general pueden aportar a una visión crítica de la realidad del entorno cotidiano a través del significado aprehendido, modificado y aumentado en la experiencia. Después se explorará la continuidad entre la sensibilidad y la educación a través de la cual lo invisible se hace visible dado el crecimiento proporcionado por la experiencia educativa y, al mismo tiempo, se propondrá la sensibilidad como una suerte de aliciente para la transformación de nuestra realidad inmediata a través de la imaginación. Finalmente, se propone el ejercicio crítico de la sensibilidad en la educación situada como un derecho para comprender y cuestionar nuestras diferentes realidades, como una potencial herramienta que parte de las circunstancias y determinaciones del individuo para apostar a su crecimiento, y con ello, al crecimiento de su entorno.

Experiencia

Los seres humanos experimentamos al mundo en una relación recíproca, es decir, lo experimentamos actuando *en él* al mismo tiempo que *él actúa en nosotros*. Así, cuando experimentamos el mundo, lo hacemos desde nuestra subjetividad y nuestras condiciones de existencia; es decir, lo podemos experimentar en un entorno urbano o en el semidesierto, en un escritorio o en un tractor, con frío o con calor, con pobreza o con opulencia, con violencia o con estrés. Nuestra experiencia del entorno se compone de todas las circunstancias que nos rodean y de los significados construidos en nuestra experiencia pasada, de nuestro bagaje cognitivo, afectivo, lingüístico, cultural, etc. Así, nuestra experiencia del mundo no ocurre estrictamente fuera ni dentro de nosotros sino en la interacción de ambas caras de la misma moneda. Nuestras vivencias individuales son moldeadas por las condiciones y estructuras que nos rodean al mismo tiempo que nosotros moldeamos, modificamos y transformamos el entorno que nos rodea. De esta manera, la vida misma se convierte en un proceso continuo de experiencia presente a través de la cual dotamos de significado unas cosas a expensas de otras en virtud de la que elegimos y por medio de nuestra acción proponemos el mundo en el que queremos vivir, ya que las acciones que realizamos reflejan nuestras actitudes hacia el mundo, sus habitantes y objetos.

Ahora bien, como se sugiere arriba, la experiencia está situada. Un ejemplo valioso del entendimiento de la situación de las personas puede ser encontrado en los acercamientos epistemológicos feministas en tanto que tales acercamientos entienden tanto al conocimiento como al sujeto situados. Según Elizabeth Anderson (2000), la epistemología feminista entiende que quienes conocen están inmersos en relaciones específicas tanto con el objeto de conocimiento como con otros sujetos que también conocen y por ello lo que se conoce y la manera en que se accede a ese conocer dependen de la posición y la perspectiva de quien conoce. Así, la perspectiva que se tiene del mundo depende del conocedor y, por ende, no existe una visión omniabarcante ni una perspectiva única. El

mismo fenómeno puede ser abordado desde diferentes puntos. De tal manera, hay que pensar más en la complejidad que en objetividad. La experiencia de los sujetos se configura de distintas aristas que le dan su contenido y por ende los significados y valores con los que aprehendemos al mundo serán tan variados como sean variadas las culturas, tiempos, contextos, lenguas e individuos. Entonces, nos encontramos ante un caleidoscopio de experiencias que señalan la diversidad inherente de la vida humana y con ello sus diferentes necesidades, objetivos y formas de vida de los individuos. Por su parte, Tom Burke (1994) señala que toda descripción fiable que hagamos del mundo estará inevitablemente influida por la perspectiva desde la cual actuamos en él, es decir, por nuestras maneras de involucrarnos en su dinámica: aquello que expresamos acerca del mundo – ya sean hechos o posibilidades derivadas de ellos – surge de nuestra experiencia y el sentido de los términos que utilizamos se define por lo que sucede o puede suceder en el ámbito de esa experiencia.

La experiencia entendida de manera compleja se encuentra íntimamente relacionada con los contextos en los que se da y, por eso mismo, se identifica con ciertos símbolos, valores, idiosincrasias personales y sociales. En tanto que el sujeto se encuentra en este sentido determinado se desarrolla tanto personal como socialmente de forma continua. Las condiciones materiales, ideológicas y culturales que le rodean pueden potenciar o impedir la forma en que se relaciona con el mundo, la manera en que piensa siente y actúa. En este sentido, la experiencia personal está lejos de ser uniforme y atemporal, claro, sin que ello signifique que la misma sea inconmensurable con las experiencias de otros.

Entonces, la experiencia individual se configura con los diferentes estímulos que el individuo recibe y de la manera en la que los recibe. Así, el sujeto es entendido como envuelto en vivencias constantes de las cuales algunas – las experiencias – tienen una especial significación dentro de la vida del sujeto. Ahora, cuando John Dewey habla de una experiencia – *an experience* – habla de un tipo especial de experiencia que se distingue de la experiencia común – *experience*. Es decir, existe, por un lado, la *experiencia por default*, por decirlo de una manera, y la *experiencia* en la cual el sujeto reconfigura su interacción con su entorno. Para Dewey una *experiencia* es un momento unificado por una cualidad en la cual somos especialmente receptivos al contenido de la misma. La realidad de cada individuo está cargada de significados personales y compartidos que tienen que ver con las propias relaciones humanas, las circunstancias que nos rodean y edifican y los significados personales con los que vivimos nuestra vida. Así desarrollamos una manera de aprehender al mundo que es en parte determinada y en parte determinante, influenciada por los demás al mismo tiempo que estrictamente personal. Entonces, crear espacios donde los saberes se construyan de manera colectiva reconociendo que toda perspectiva es por definición incompleta implica una apuesta por el diálogo y la apertura sin forzar el consenso sino atendiendo a la manera en la que los contextos influyen en los que lo habitan y viceversa.

Ahora, a la forma en la que interpretamos y significamos nuestra realidad inmediata la podemos entender como *sensibilidad*. Por sensibilidad entiendo la facultad específica a través de la cual capturamos y descodificamos los estímulos sensoriales que experimentamos. Una suerte de posición a través del cual dotamos de sentido al mundo

que vivimos. Así, cada individuo posee una sensibilidad dada que está conformada por el contenido de sus experiencias previas que transfigura lo que percibimos y lo presenta para nosotros. La sensibilidad así entendida es el catalizador que nos permite vislumbrar una acción como buena, un símbolo como salvación o un par de letras como esperanza; es la forma que cada individuo tiene de internalizar al mundo que se le presenta. Con lo anterior, pueden existir sensibilidades más cercanas a otras, sensibilidades antagónicas o interdependientes, dado que los seres humanos compartimos tanto como diferimos. La experiencia, entonces, está siempre impregnada de nuestra sensibilidad, esto es, de nuestra manera de aprehender el mundo; la experiencia moldea la sensibilidad y la sensibilidad moldea a la experiencia en un ejercicio constante de creación de significado del mundo, o, para los fines del argumento, de aprendizaje de tal forma que nuestras experiencias moldean nuestro aprendizaje y viceversa.

Thomas Alexander (2013) ilustra el concepto de experiencia de Dewey como sigue: “La “experiencia”, en el sentido deweyano que aquí se utiliza, es nuestro habitar cultural compartido del mundo” (p.1). Por lo anterior, llamaré *experiencia sensible* a la experiencia individual del entorno a través de la sensibilidad. Siguiendo, el concepto de experiencia de John Dewey es potencialmente fructífero para pensar en una educación situada, esto dado que las experiencias de los diferentes sujetos se componen de distintos elementos significativos que hacen que comprendamos al ser humano como un ser que interactúa con su entorno, que está intrínsecamente implicado con el mismo en una relación de coexistencia. El mismo Dewey (2004, p. 20) acertadamente señala que “Nunca educamos directamente, sino indirectamente a través del entorno”. Dada la situacionalidad inherente de la experiencia y, por ende, del aprendizaje, cualquier intento de universalización de valores y significados es una mirada miope a la complejidad del ser humano y sus relaciones con el mundo en tanto que ignora el hecho categórico de que no todos aprehendemos y valoramos nuestra realidad de la misma manera.

De igual forma, de lo anterior no se sigue que no podamos llegar a acuerdos, empatar ideales o forjar metas comunes. Del hecho de que partamos solamente con nuestra sensibilidad no se sigue que no seamos capaces de vislumbrar otras perspectivas, aprender de ellas y cambiar nuestras creencias y actitudes. Ahora bien, la experiencia del ser humano se da en un prisma social complejo y no de manera aislada. Las relaciones humanas son diversas y dinámicas y fungen como el marco en el cual surgen, se modifican y superan valores, significados y prácticas. Así, la experiencia tiene una dimensión individual tanto como colectiva. De hecho, podríamos decir, que la experiencia colectiva, al estar igualmente situada, dictamina en gran parte la sensibilidad de los agentes que participaron en ella. Lo anterior es claro al momento en que pensamos la relación de codeterminación del entorno con los individuos que lo habitan.

Entonces, la experiencia transfigurada por la sensibilidad tiene dimensiones estéticas, éticas y políticas íntimamente relacionadas y configuradas en una visión del mundo específica que determina la manera en la que actuamos y pensamos. Las dimensiones de la sensibilidad están implicadas entre sí y, por ende, plantear divisiones entre ellas es muchas veces cuando menos problemático. La experiencia del mundo, así, implica sentirlo, pensarlo y

cuestionarlo desde un punto específico repleto de significados y valores borrosos, interdependientes y contradictorios. En ciertos contextos de comunidades mexicanas como en barrios de recursos limitados, la experiencia sensible del entorno puede estar marcada por situaciones de pobreza y desinterés, así como apatía y descuido. No obstante, estas experiencias conviven con instancias de creatividad, belleza y alegría mostrando la complejidad y diversidad con la que los individuos perciben y sienten su entorno. Pienso que no es exagerado señalar que este tipo de experiencias sensibles son recurrentes en todo el mundo, sin embargo, el presente texto se enfoca en la sensibilidad latinoamericana, especialmente la mexicana, en la cual la familiaridad con estas ‘categorías negativas’ genera su invisibilidad. Es decir, para la sensibilidad mexicana fenómenos como el crimen o la desidia se hacen de cierta forma invisibles, aceptables o comunes debido a su presencia continua.

Pensar seriamente la experiencia sensible conlleva atender a las sensibilidades ignoradas o negadas, a reconocer la alteridad y la complejidad de la experiencia humana de los entornos que habitamos para reconocer y después transformar. El reconocimiento de las cualidades de los entornos permite identificar ciertos objetos, prácticas o elementos como negativos, perjudiciales o cuando menos no favorables. En contextos donde las desigualdades sociales son abismales y profundas una sensibilidad que sea capaz de detectar la negatividad de su entorno es urgente. La experiencia de la indígena, el marginado o la mujer violentada deben de ser pensadas, y para eso primero han de ser reconocidas. Ahora bien, para generar el vínculo que interesa al presente texto – más allá de plantear la sensibilidad situada – una herramienta por excelencia para reconocer es educar. Según Sullivan:

La experiencia, tal como se menciona en la definición de educación de Dewey, es un proceso social que implica la interacción de un individuo con su entorno. Una experiencia incluye confusión inicial, hipótesis tentativa, investigación, elaboración de hipótesis y acción para obtener resultados. (1966, p. 392)

La experiencia educativa – que se tratará de mejor manera en el tercer apartado – se relaciona con las cualidades del entorno y, por ende, con un acercamiento estético, en tanto que el espacio en el cuál ocurre la experiencia es el espacio cotidiano y éste último puede ser estudiado por una filosofía de la sensibilidad enfocada en los entornos cotidianos. La experiencia educativa ocurre en los espacios consuetudinarios de los agentes y sus comunidades, las aulas, plazas o mercados que son contextos físicos cargados de valoraciones y significaciones. En tales espacios la educación y el aprendizaje se abren paso para brindar herramientas que nos permitan reinterpretar nuestra realidad, hacer visible lo invisible e imaginar una realidad diferente. La experiencia sensible continuamente es educativa y puede contribuir a la construcción de una visión del mundo que busque transformar la negatividad que existe en los entornos cotidianos.

Sobre el concepto deweyano de educación

En las primeras páginas de *Democracy and Education* John Dewey señala el problema concerniente a la educación de la siguiente manera:

nuestro problema es descubrir el método por el cual los jóvenes asimilan el punto de vista de los mayores, o cómo éstos llevan a los jóvenes a pensar como ellos. La solución, en términos generales, es: por medio de la acción del entorno, que exige ciertas respuestas (2004, p. 13).

Como se dijo arriba, para Dewey una experiencia – *an experience* – contrasta con la experiencia – *experience* –, en que cuando la anterior se configura como completa en sí misma, sin interrupciones o vacíos junto con una cualidad que la distingue de la experiencia común y se caracteriza como un todo, ésta se vuelve estética. De nuevo; según Dewey, la experiencia que posee una cualidad que la distingue del flujo común de experiencias es estética. En palabras de Dewey: “Cualquier experiencia, por muy trivial que sea en su primera apariencia, es capaz de asumir una indefinida riqueza de significado ampliando su rango de conexiones percibidas” (2004, p. 235) Asimismo, la experiencia educativa es por definición estética – sin que la segunda se reduzca a la primera – en tanto que es una experiencia distinta la experiencia común. Para aclarar lo anterior podemos atender a Andrea English y Christine Doddington cuando escriben que:

Una experiencia estética es la mejor de las experiencias, porque hace lo que cualquier experiencia tiene el potencial de hacer: rompe los significados establecidos que afectan a nuestras interacciones con la alteridad y la diferencia, y al hacerlo «nos hace conscientes de algunas de las conexiones que habían sido imperceptibles» [...] Las experiencias estéticas educativas están conectadas con el crecimiento continuo porque nutren y extienden tanto nuestra plasticidad hacia una mayor flexibilidad en nuevas situaciones como nuestra dependencia hacia la interdependencia como el reconocimiento de la dignidad inherente a todo ser humano[...] Dewey llamó a las dos disposiciones centrales formadas por las experiencias estéticas «sensibilidad» y «receptividad», refiriéndose la primera a una profunda receptividad a la alteridad, la diferencia y la novedad que contribuye a la simpatía y a la disposición a escuchar, y la segunda a nuestro compromiso activo con nuestro entorno sobre la base de nuestra receptividad a las distinciones y diferencias, y no en su ignorancia” (2019, pp. 419-420).

La experiencia estética, desde esta perspectiva, genera una mirada distinta y contribuye al crecimiento de los seres humanos a través del aprendizaje, es una oportunidad para que la sensibilidad y la receptividad – en sentido deweyano – sirvan como aliciente para la comprensión y aprehensión de la complejidad de la experiencia humana. La educación, como se apuntó al inicio del texto, ha estado y estará continuamente dentro de las principales preocupaciones de los seres humanos. Las concepciones acerca de cómo, cuándo, para qué y qué debería de ser enseñado son prácticamente inagotables. El presente texto parte del supuesto de que aprender no es solamente adquirir conocimientos abstractos de manera vertical sino una experiencia que transforma al sujeto de manera horizontal. Esto implica que el aprendizaje surge de la interacción activa y continua del individuo con su entorno, con otros y con la práctica misma del conocimiento. Desde esta

perspectiva, el aprendizaje del sujeto no se limita a la acumulación de información, sino que transforma sus percepciones, habilidades y formas de relacionarse con el mundo al mismo.

La experiencia educativa, como se señaló antes, está situada en el sentido de que el sujeto está posicionado temporal y geográficamente y asimismo lo estarán sus ideales, valores, creencias, etc. El *Center for Innovative Teaching and Learning* de Chicago define al aprendizaje situado como distinto del tradicional de la siguiente manera:

El aprendizaje tradicional se produce a partir de experiencias abstractas y descontextualizadas, como conferencias y libros. El aprendizaje situado, por el contrario, sugiere que el aprendizaje tiene lugar a través de las relaciones entre las personas y conectando el conocimiento previo con un aprendizaje contextual auténtico, informal y a menudo no intencionado (Northern Illinois University, s.f., párr. 4).

El aprendizaje situado según esta visión está íntimamente relacionado con los espacios cotidianos en los que nos desenvolvemos, escapa a la narrativa que identifica el aprendizaje con las aulas y sugiere que las relaciones humanas juegan un papel crucial en la educación general de los seres humanos. El aprendizaje, visto así, tiene un componente fuertemente social que se distancia de las nociones abstractas y descontextualizadas en las que suele recaer la educación tradicional (Wenger, 1999), (Lave, 1988). Ahora bien, la cuestión de la educación formal y no formal y lo que concebimos como conocimiento escapa a la intención del presente texto, sin embargo, la idea de que el aprendizaje se da en todo tipo de entornos y situaciones es especialmente fructífera para ilustrar como es que la sensibilidad puede llevarnos a comprender mejor nuestros entornos cotidianos y, a través de este aprendizaje, nos dice el cómo podemos transformarlos. Puesto de otra manera; la experiencia sensible del entorno forma parte del cómo aprendemos en distintas situaciones y espacios de manera colaborativa y dinámica. En la vida cotidiana aprendemos constantemente por medio de las experiencias sensibles que tenemos de nuestro entorno y aquellos con los que lo compartimos. Jaume Carbonell señala lo siguiente:

John Dewey sostiene que la educación asistemática y extraescolar, que el niño adquiere en la familia, en la calle o en otras instancias socializadoras del entorno inmediato, es más vital, profunda y real; y que la educación formal o escolar es más abstracta y superficial, menos influyente, pero también más amplia, completa y segura. Y que el reto consiste en articular adecuadamente las cualidades positivas de ambas modalidades educativas, integrando el aprendizaje formal con las vivencias cotidianas del entorno (2015, p. 22).

El significado y el valor se reconstruyen a partir de la experiencia sensible y del diálogo entre los agentes de un entorno con ellos mismos y los seres y objetos con los que lo comparten. Por lo anterior, una filosofía situada como práctica dialógica entre la vida cotidiana y la educación formal podría significar una forma de brindar herramientas críticas para pensar nuestros entornos cotidianos, para desarrollar una visión más aguda y potencializar los cambios que deseamos que sucedan. Aunque a veces pueda parecerlo, la filosofía no consiste solamente en repetir ideas abstractas a forma de máximas, sino que es también una práctica de sensibilización a través del diálogo. Es decir, parte del quehacer filosófico tiene que ver con su inmersión dentro de la vida común y las cuestiones que nos

afectan a todos. Desde esta perspectiva, la filosofía, la educación y el aprendizaje pueden ser entretrejerse desde una teoría de la sensibilidad situada. Phyllis Sullivan argumenta que Dewey “definió el proceso educativo como un proceso de crecimiento y desarrollo mediante la reorganización o reconstrucción de experiencias que aumentan la capacidad del individuo para dirigir otras experiencias posteriores” (1966, p. 392). Con lo anterior, una teoría de la sensibilidad preocupada por los acercamientos parcelarios puede apearse los conceptos abstractos a las experiencias mundanas y, de esta manera, enriquecer al individuo al mismo tiempo que lo provee de instrumentos para actuar en su realidad inmediata ilustrando y proponiendo formas de aprendizaje y crecimiento.

De este modo, la filosofía y las humanidades son candidatos ideales para brindar herramientas críticas para el crecimiento y desarrollo de los individuos a nivel tanto formal como no formal. A través de una filosofía de la sensibilidad de los entornos cotidianos podríamos proponer, discutir y criticar las maneras en las que interpretamos y entendemos nuestra realidad inmediata, podríamos llevar la discusión seria y argumentativa de la filosofía fuera de las aulas, donde se encuentran muchas otras prácticas, saberes y miradas que no han sido puestas en el foco de la discusión por la filosofía académica. En otras palabras: la estética del entorno como una teoría de la sensibilidad es una oportunidad para llevar la filosofía a ámbitos no formales alejados de la academia en la vida cotidiana, en los aspectos más triviales y consuetudinarios. Una teoría de la sensibilidad que ilustre la manera en la que aprendemos a valorar y significar el mundo podría ser de suma ayuda para enfrentar las complejas problemáticas a las que nos enfrentamos hoy día en los contextos donde no cabe el desinterés kantiano o la norma del gusto de Hume.

Entonces, el pensamiento estético se posiciona como un catalizador de una visión crítica de la realidad que nos permite desarrollar nuestras facultades sensoriales y mentales para repensar desde otro prisma nuestra vida misma. Al interpretar nuevamente resignificamos con base en nuestras experiencias pasadas nuestra actualidad, abriendo paso a una visión diversa que contempla otras formas de entender y experimentar el mundo. Por su parte, Thomas Alexander argumenta que “Aprender nos permite adaptarnos a nuevas circunstancias y comunicarnos con aquellos diferentes a nosotros en lugar de obligarnos a defender lo viejo y familiar y exigir a los demás que se adapten a nuestra forma de pensar” (2013, p. 52). Este aprendizaje del que habla Alexander ilustra la situación en la cual somos desafiados por otras sensibilidades y, en lugar de desecharlas automáticamente, apostamos por la interdependencia y el crecimiento. Experimentar al mundo sensiblemente es darle significado, y, si aprendemos a experimentarlo de maneras distintas a la nuestra podemos plantear comunidades de diálogo y corresponsabilidades ante los problemas urgentes que nos plantea la vida actual. El reconocimiento de la pluralidad se logra de esta manera. A través del ejercicio empático de las sensibilidades podemos entablar una relación de inclusividad y transformación.

De esta forma, siguiendo a Dewey, la educación debe de estar conectada con el mundo real, con sus problemáticas y asimismo debe de ayudarnos a vislumbrar las acciones que debemos de tomar. La cotidianidad, desde esta perspectiva, se vuelve un espacio donde se fermenta el pensamiento crítico y nuestro papel como ciudadanos a partir del uso de

nuestra sensibilidad. La implicación inherente del aprendizaje, el crecimiento, y la experiencia abre la puerta a la filosofía como una forma de repensar lo que significa y conlleva vivir una vida con significado.

Experiencia y la sensibilidad situada

El famoso apuntalamiento de Søren Kierkegaard de que la vida sólo puede ser entendida mirando hacia atrás, pero tiene que ser vivida hacia adelante, es una mirada sagaz a la naturaleza del desarrollo del ser humano. Como bien señala Kierkegaard, solo volteando hacia nuestra experiencia pasada tenemos la capacidad de aprender para el futuro, y, por ende, nos encontramos en una dinámica de recapitulación y crecimiento constante durante nuestra vida. La experiencia futura en este sentido está determinada por la pasada y en la actualidad queda el aprendizaje. Por consiguiente, la sensibilidad está compuesta por nuestras miras al pasado y la manera en la que lo interpretamos. La sensibilidad, entonces, está siempre en un desarrollo hilado a la experiencia vivida. Dewey, con otras palabras, señala lo mismo cuando apunta que “la experiencia pasada, debidamente analizada y ordenada, es la única guía que tenemos para la experiencia futura” (2008, p. 141). La experiencia, entonces, es la oportunidad que tenemos para aprender. La receptividad aguzada que se da en *una experiencia* nos permite reencontrarnos con el mundo de una manera *sui generis* de tal forma que podemos experimentar nuestra realidad desde otro prisma. Esta manera de percibir el mundo nos permite encontrar cualidades y significados que no habíamos encontrado antes. La experiencia estética según Dewey, - y por ende la educativa - en este sentido, es una oportunidad de reinterpretar al mundo y aprender. Para la filósofa Yuriko Saito, esta forma de atender al mundo consiste en fijar nuestra atención en lo que solemos ignorar al parecernos banal o intrascendente. Según Saito:

Fijar la atención y colocar el trasfondo en primer plano no es más que hacer visible algo invisible, y es necesario para cualquier tipo de experiencia estética, ya sea extraordinaria u ordinaria. Traer el fondo al primer plano prestando atención se contrapone a llevar la vida cotidiana en piloto automático, que deja los ingredientes de la vida cotidiana fuera del alcance de nuestro radar consciente (2017, p. 24).

La actitud de *poner atención* se contrapone a vivir en piloto automático en el sentido de que usamos nuestra sensibilidad para redescubrir o reinterpretar el significado y valor de los objetos y entornos que nos rodean. Así, hacer visible lo invisible, en las palabras de Saito, es aprendizaje. Aprendizaje en el sentido de que gracias a este tipo de atención especial somos capaces de cambiar nuestra actitud hacia el mundo y por ello podemos *descubrir* las cualidades que antes un objeto no parecía tener para nosotros. La agudización de nuestras habilidades perceptivas y el ejercicio de nuestra sensibilidad pueden transformar la manera en que entendemos al mundo, aportan a nuestro aprendizaje al mostrarnos aquello que era invisible para nosotros y por ende inexistente. Lo que importa destacar ahora es que estas

experiencias no se limitan a ocasiones extraordinarias o aisladas, sino que pueden suceder en cualquier momento y con cualquier objeto abriendo así la coyuntura al crecimiento.

A pesar de todo, dentro de los entornos cotidianos en los que llevamos nuestra vida, muchas veces habitamos en el piloto automático del que habla Saito, la costumbre y la familiaridad pueden hacer que dejemos de poner atención a lo que nos rodea. Lo anterior muchas veces por la asunción previa de que lo que experimentamos cotidianamente no vale la pena ser examinado, ya que no hay nada que pueda ser de valor ahí. Sin embargo, la inspección estética de los entornos cotidianos puede llevarnos a aprender sobre el mismo y desarrollar una perspectiva aguda que cambie la manera de entenderlo, Jaume Carbonell señala que “la exploración no organizada del entorno es una herramienta crítica y una práctica estética que permite descubrir zonas escondidas, ocultas, vacías y olvidadas de la ciudad, nombrarlas y resignificarlas” (2015, p 38). Deambular con una receptividad abierta a las cualidades que encontramos nos puede llevar a reconocer el descuido, la falta de interés, las preferencias y la idiosincrasia de los habitantes del entorno en el que nos encontramos tanto como lo que valoran, junto con los medios y fines empleados para edificar sus hábitats cotidianos. Así, el ejercicio crítico de nuestra sensibilidad nos permite descubrir y reinterpretar nuestra realidad inmediata a través de un proceso de aprendizaje y crecimiento continuo. Ahora bien, con el aprendizaje, según Dewey, se forman los hábitos, siendo estos centrales para nuestra acción en el mundo. En palabras de Dewey:

La plasticidad o el poder de aprender de la experiencia implica la formación de hábitos. Los hábitos permiten controlar el entorno y utilizarlo para propósitos humanos [...] Los hábitos activos implican pensamiento, invención e iniciativa a la hora de aplicar las capacidades a nuevos objetivos. Se oponen a la rutina, que supone una detención del crecimiento. Puesto que el crecimiento es la característica de la vida, la educación es una con el crecimiento; no tiene fin más allá de sí misma. El criterio del valor de la educación es el grado en el que crea el deseo de seguir creciendo y proporciona los medios para hacer efectivo ese deseo (2004, p. 57).

De esta manera, restaurar nuestra perspectiva del mundo a través del aprendizaje es un fenómeno constante y complejo con grandes rendimientos desde una filosofía de la sensibilidad. La educación y la experiencia cotidiana se entretajan para fomentar visiones críticas del mundo y contribuir para invitar al planteamiento y desarrollo de acciones que nos permitan interceder en las distintas y complejas problemáticas que encontramos a lo largo de las sensibilidades de los agentes. La estética cotidiana de la mano del aprendizaje nos invita a cuestionar nuestra realidad inmediata mediante el uso de la sensibilidad a través de una educación no formal al mismo tiempo que puede proponer, o, cuando menos vislumbrar, las acciones necesarias para intervenir en nuestro mundo. La filosofía y el aprendizaje estético cotidiano se hilan para replantear los fines y sentidos de la educación. Lo anterior en el sentido de que a través del reconocimiento – logrado por el aprendizaje – de las deficiencias, fallas, aciertos y virtudes que descubrimos en los entornos de nuestra vida cotidiana podemos replantear las necesidades específicas que deben de ser atendidas por la educación formal y no formal; podemos, por decirlo de una manera, revisar las aspiraciones y objetivos de la educación formal a partir de nuestra experiencia cotidiana

para reconsiderarla a la luz del aprendizaje estético no formal que obtenemos de los entornos que habitamos. A través de la experiencia estética podemos apostar por una educación crítica que haga visible lo invisible, que nos permita volver a voltear al mundo para comenzar a transformarlo. Imaginar un nuevo entorno conlleva proponer nuevos aprendizajes, resignificar nuestra realidad y vislumbrar lo que puede ser en virtud de lo que podemos hacer. De esta manera la experiencia y la sensibilidad se conjugan en la integración de los aprendizajes formales con la vida cotidiana.

Proyectos de aprendizaje y enseñanza

El quehacer filosófico es una práctica profundamente relacionada con la crítica en la cual se reflexiona sobre el significado y el valor que atribuimos a las distintas cosas que componen al mundo. Vista así, la filosofía se muestra como una actividad puntal para repensar la educación, sus objetivos, medios y supuestos a través de la experiencia cotidiana de los perceptores. Dewey escribe que “Toda persona que es abierta y sensible a nuevas percepciones, y que tiene concentración y responsabilidad en conectarlas tiene, en ese sentido, una disposición filosófica” (2004, p. 350). Con lo anterior, el pensamiento estético tiene que ver con la profunda necesidad humana de vivir de la mejor manera posible, y, poner bajo la lupa al entorno cotidiano tiene que ver con la obvia correlación necesaria con el mismo, sus circunstancias y los que lo habitamos. Creo que la filosofía tiene la necesidad de pensar la complejidad de la experiencia humana y de brindar opciones, acercamientos y posturas para enfrentar al mundo y, en este sentido, su relación con el aprendizaje y la educación es especialmente fructífero pues estos últimos son unas de las vías más claras hacia un mejor futuro. Dewey acertadamente señala que “El problema consiste en extraer los rasgos deseables de las formas de vida comunitaria que realmente existen y emplearlos para criticar los rasgos indeseables y sugerir mejoras” (2004, p. 89). La mejora de la experiencia de la vida cotidiana es un ideal al que podemos aspirar a partir de la educación y el aprendizaje.

Conforme a lo dicho antes, podríamos plantear una suerte de *educación situada* para señalar una práctica crítica y reflexiva que tiene en cuenta el entorno del individuo y su experiencia al momento de pensar en educación y en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Puesto así, la educación situada sería un tipo especial de educación con énfasis en la experiencia sensible de los sujetos y los problemas que enfrentan como comunidad. La importancia de una educación situada consistiría principalmente en subrayar la experiencia cotidiana como el detonador a partir del cual planteamos el aprendizaje del entorno y su crecimiento. Sullivan escribe que:

Sin relacionar la enseñanza con la experiencia, la enseñanza es meramente simbólica y formal. Los símbolos que carecen de significado porque no están relacionados con la experiencia hacen que la educación resulte muerta. Cuando los símbolos se presentan

desde fuera, falta la motivación; no hay necesidad de hechos, no hay experiencias anteriores con las que asimilar los nuevos símbolos (1966, p. 394).

Una educación situada partiría de lo anterior, ubicando la situación específica del sujeto junto con su entorno y, a partir de ahí, comenzar a teorizar y proponer el currículo necesario para su crecimiento. Para esto hay que tener un conocimiento profundo de la experiencia personal de los sujetos, lo que valoran y el significado que dan a su mundo. La falta de motivación se combate evidenciando la ineludible relación de interdependencia y responsabilidad de los perceptores con sus semejantes y la realidad que habitan. Señalar las complejas implicaciones necesarias que componen nuestra vida conlleva hacer visibles las distintas responsabilidades, posibilidades y necesidades que tenemos que poner sobre la mesa. Dewey advierte que “Hacia dónde se dirigen los impulsos y no lo que han sido, es lo importante para los padres y profesores” (2004, p. 56). Así, plantear una educación situada sería apuntar al crecimiento del individuo y sus circunstancias.

Por otra parte: ¿Cómo habría de concebirse al aprendizaje manteniendo la inherente situacionalidad de la perspectiva humana? La especificidad de las distintas situaciones en las que se encuentran los individuos no descarta la posibilidad de una suerte de neutralidad objetiva. Es decir, hay que plantear a la objetividad no como una serie de enunciados abstractos no relacionados con el mundo sino como una serie de enunciados interrelacionados entre sí que describen situaciones y hechos constatables. Apelar a la objetividad y la normatividad, en este sentido, sería apelar a lo que nos dice el mundo independientemente de nuestras sensibilidades, porque si bien solo podemos atender al mundo a partir de nuestra perspectiva, de eso no se sigue que la misma sea completa o correcta. En este sentido, la experiencia combina necesariamente subjetividad y objetividad e incluso lo que se considera objetivo depende en última instancia de la perspectiva del individuo. La objetividad se alcanza al minimizar la influencia de intereses personales, pero nunca se abandona por completo la propia perspectiva operativa del mundo (Burke, 1994).

Es decir, podemos atender a las diferentes perspectivas del mundo y generar un diálogo de crecimiento que pueda dar guía para atender los problemas que necesitan ser atendidos. Hay que aceptar la complejidad de la experiencia humana al mismo tiempo que escuchamos al otro, nos afirmarnos a nosotros mismos y a los demás. Enunciar la diferencia es enunciar la igualdad de su condición. La apuesta del crecimiento en una educación situada consistiría en reducir en medida de lo posible las preferencias personales y atender a las necesidades generales. En definitiva, la educación puede ser entendida de muchos modos, con distintos objetivos y premuras sin dejar de lado las directrices comunes que pretenden alcanzar los ideales humanos.

Como se ha señalado, la sensibilidad – el lente con el cual le damos sentido al mundo – es construida por la experiencia y por ella es constantemente modificada. Nuestra vida se desarrolla en comunidad a través de una interdependencia sencillamente irrefutable. En este sentido, los aprendizajes para la vida cotidiana juegan un papel central ya que a través de ellos nos desarrollamos y vivimos. Podemos pensar que el propósito de la educación situada consiste en construir una vida con sentido teniendo siempre en cuenta la

implicación bicondicional necesaria del sujeto con su entorno. La educación, al estar inherentemente sujeta a la experiencia de los individuos, entra continuamente en conflicto con propósitos que suelen tener las visiones que no tienen en cuenta las distintas necesidades, colisiones y aspiraciones de los sujetos que pretende educar. Por lo tanto, la educación situada habría de partir de estos supuestos antes de siquiera pensar en cualquier metodología o currículo específico. Thomas Alexander escribe que:

los seres humanos experimentan el mundo lleno de significado o valor no principalmente como resultado de una investigación deliberada o instrumental, sino como un todo cualitativo de interacción continua que promete una experiencia consumadora [...] Cuando los seres humanos tienen experiencias que les dan una idea de la profundidad del significado y el valor de sus vidas, se sienten plenos. Tanto los significados como los valores se encarnan directamente en los componentes existenciales de sus experiencias (2013, p. 79).

Nuestras valoraciones son edificadas en la vida cotidiana. A través de la experiencia continua formamos un repertorio de nociones que guían y sustentan nuestra experiencia futura. La plenitud que menciona Alexander, en este sentido, tiene que ver con las pequeñas consumaciones de eventos en los cuales se materializan – por decirlo de una manera – nuestras valoraciones del mundo. Así, identificar el sentido y el valor en la vida humana conlleva al sujeto a adoptar acciones y actitudes con respecto a la vida misma pues queremos ver esos significados y valores que poseemos encarnados en nuestra vida. Por otra parte, así como el sujeto situado comparte valoraciones y significados, comparte desafíos, prejuicios y carencias propias de la comunidad en las que participa. Por esto, de la misma manera en que las valoraciones se transmiten a través de la educación asimismo se transmiten los prejuicios, recelos y arbitrariedades.

La sensibilidad comunitaria y la búsqueda de una vida significativa son construcciones basadas en la comunicación e interacción de los agentes que habitar un entorno dado. Los conocimientos situados tienen que ver con aprender de las diferentes perspectivas y adquirir fortalezas y riquezas junto con darse cuenta de que no hay que reducir las mismas a ópticas excluyentes, contradictorias o diferentes a la propia. La educación situada plantea un diálogo que se centra en el cambio, la diferencia, complejidad, adaptabilidad y comunicación de la experiencia sensible que apuesta por desarrollar habilidades que permitan enfrentar el conflicto, el abuso, la falta de empatía y la injusticia hacia nosotros mismos, los entornos naturales y los seres y objetos con los que compartimos el mundo. Con lo anterior, será el ejercicio crítico de la sensibilidad el encargado de sopesar que valoraciones proteger y defender. De ahí la relevancia de la relación del crecimiento y el aprendizaje con la sensibilidad. El interés de la reflexión profunda de la experiencia sensible tiene que ver con que a través de la sensibilidad podemos imaginar un mundo diferente. De esta manera, se sugiere al ejercicio crítico de la sensibilidad como un derecho para comprender y cuestionar nuestras diferentes realidades. De igual forma, la educación consiste en más que ofrecer conocimiento; el sentido vital de la educación está en forjar actitudes y valores que promuevan el crecimiento personal y comunitario. Por ende, la educación debe voltearse a ver a ella misma desde la filosofía y viceversa para generar un

diálogo auténtico de descubrimiento y significado que nos brinden las distintas capacidades necesarias para tomar decisiones informadas en un mundo complejo. La educación situada es así una oportunidad de preparar a través del aprendizaje sensible para la academia, la vida y sus desafíos. Un ejemplo de lo anterior es el aprendizaje-servicio que:

articula procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un único proyecto en que los participantes (estudiantes de Primaria, Secundaria y Universidad y de otros ámbitos educativos y sociales) aprenden al mismo tiempo que trabajan en necesidades reales del entorno (en colaboración con las entidades sociales) con el objeto de mejorarlo. El aprendizaje mejora el servicio que se ofrece a la comunidad y aquello que se aprende se puede transferir a la realidad en forma de acción. Este es uno de sus grandes méritos: comprobar que lo que se estudia tiene una aplicación en la vida cotidiana (Carbonell, 2015, p. 39).

En la vida cotidiana somos alumnos y maestros todo el tiempo en tanto que continuamente estamos aprendiendo de nuestras experiencias y de quienes nos rodean, al mismo tiempo que compartimos nuestro conocimiento y enseñanzas con los otros. Con la experiencia se forja el aprendizaje y el significado común que está en constante construcción y modificación, Dewey señala que “no sólo la vida social exige enseñanza y aprendizaje para su propia permanencia, sino que el propio proceso de vida en común educa” (2004, p. 6). Desde esta postura, la estética como filosofía de la sensibilidad serviría como puente para la experiencia cotidiana y la educación formal respondiendo a lo que Dewey señalaba que era la tarea de la filosofía de la educación: “mantener un equilibrio entre los modos de educación informales y formales, incidentales e intencionales” (2004, p. 9). Así, la educación situada es de alguna manera un proyecto comunitario dentro y fuera del aula que concibe al sujeto como alumno-maestro que está aprendiendo siempre de su experiencia situada, de su entorno y relaciones humanas. La educación es un proyecto perenne que busca conocimiento del mundo y vivir una vida con significado.

Conclusiones

La filosofía de la educación es una rama de pensamiento compleja y dinámica que busca, de una u otra manera, una reflexión crítica de la realidad educativa e intenta vislumbrar o plantear mejoras a la práctica de esta. De esta manera, la experiencia humana en general, y por ende la educativa, está impregnada en sí misma de vicisitudes que muchas veces no están contempladas dentro de los objetivos, planes y propuestas que sugieren los distintos programas educativos formales. La relación de lo estandarizado con los conocimientos situados debe ser repensada. Si bien necesitamos pilares comunes que sostengan un debate con miras y objetivos claros también necesitamos crear puentes entre las distintas formas de entender y experimentar el mundo. Estos puentes de significado que se pueden crear gracias al pensamiento estético significarían un diálogo crítico, fructífero y consiente de sus propias circunstancias y objetivos que pudieran replantearnos las estrategias que

usamos para educar y lo que entendemos por el concepto mismo de educación. El diálogo crítico conllevará muchas veces poner nuestra sensibilidad en duda para escuchar al otro. Hay que apostar por el aprendizaje siempre en movimiento y por el crecimiento más que por un conocimiento inamovible y totalitario

Pensar en los entornos cotidianos sirve para plantear un acercamiento democrático y esencialmente plural y complejo con especial relevancia para los distintos contextos que habitamos donde la desigualdad, la violencia, la política y la moral exigen nuevas formas de ser replanteadas – lo anterior en tanto que se apuesta por un acercamiento que tenga en cuenta la vida cotidiana de cualquier sujeto en cualquier circunstancia. Es necesario fomentar y reflexionar desde una sensibilidad crítica que de pauta a cuestionar las circunstancias actuales y explorar posibles transformaciones. La filosofía estética se vuelve una herramienta de articulación teórica de construcción democrática; la sensibilidad como una oportunidad de examen y resistencia permite detectar realidades ocultas en la cotidianidad e imaginar alternativas a las mismas. Atender a la diversidad de las experiencias se convierte en un acto ético que reconoce y da lugar a las distintas formas de vivir y experimentar el mundo y se opone a la exclusión y discriminación que permea en nuestros entornos cotidianos. El otro, en este sentido, es un componente esencial en la educación pues demuestra la inescapable dimensión social de la experiencia y de la construcción de significados, creencias y actitudes. Por lo tanto, la experiencia sensible se convierte en el reconocimiento de otras experiencias, valoraciones y perspectivas. Es decir, entendida desde una realidad compleja, la experiencia sensible del entorno se convierte en un pilar a partir del cual la filosofía y las humanidades pueden partir para replantear el aprendizaje y el significado construidos en la vida cotidiana y la educación formal. La sensibilidad en la educación situada se plantea como una forma de aprender que va de la mano de la filosofía que apuesta a la reflexión, profundidad y complejidad ante una realidad fuertemente influenciada por la inmediatez y la superfluidez.

Para terminar, la relectura del concepto de educación tiene que ver con que la educación formal debe fomentar experiencias más cercanas al mundo real en el que lo abstracto se une con lo práctico pues la complejidad actual exige estar abierto a nuevas experiencias de crecimiento y aprendizaje. Por ello, hay que comenzar a trabajar en una educación no tradicional que aporte al crecimiento del sujeto más allá de su vida académica; hay que sentar las bases de la discusión, apostar por la diversidad sin perder el suelo de las problemáticas que deben ser abordadas, apostar por la inclusión y globalización sin olvidar las inescapables circunstancias en las que cada ser humano se ve imbuido. A la luz de las nuevas tecnologías, la interconexión y la multiculturalidad, la educación como actividad esencial de la sociedad debe ser releída. Vivimos en un mundo común donde todos tenemos algo que decir y un rol que cumplir. En cuanto al desarrollo de los entornos que habitamos, nadie queda fuera, todos somos responsables, todos tenemos algo que decir y algo que aprender. La estética entonces se convierte en una oportunidad para ver la vida real de los individuos situados, para brindar herramientas que ayuden a construir puentes de sentido y acción a través de la educación.

Referencias

- Alexander, T. (1987). *John Dewey's theory of art, experience, and nature: The horizons of feeling*. State University of New York Press.
- Alexander, T. (2013). *The human eros: Eco-ontology and the aesthetics of existence*. Fordham University Press.
- Anderson, E. (2024). *Feminist epistemology and philosophy of science*. En E. N. Zalta & U. Nodelman (Eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2024 Edition). Recuperado de <https://plato.stanford.edu/archives/fall2024/entries/feminism-epistemology/>
- Berleant, A. (1992). *The aesthetics of environment*. Temple University Press.
- Burke, T. (1994). *Dewey's new logic: A reply to Russell*. The University of Chicago Press.
- Carbonell, J. (2015). *Pedagogías del siglo XXI: Alternativas para la innovación educativa*. Octaedro.
- Dewey, J. (1980). *Art as experience*. Perigee Books.
- Dewey, J. (2004). *Democracy and education: An introduction to the philosophy of education*. Aakar Books.
- Dewey, J. (2008). *Teoría de la valoración*. Siruela.
- English, A., & Doddington, C. (2019). Dewey, aesthetic experience, and education for humanity. En S. Fesmire (Ed.), *The Oxford handbook of Dewey* (pp. 411-442). Oxford University Press.
- Lave, J. (1988). *Cognition in practice: Mind, mathematics, and culture in everyday life*. Cambridge University Press.
- Northern Illinois University. (s.f.). *Situated learning*. Center for Innovative Teaching and Learning. Recuperado de <https://www.niu.edu/citl/resources/guides/instructional-guide/situated-learning.shtml>
- Saito, Y. (2017). *Aesthetics of the familiar: Everyday life and world-making*. Oxford University Press.
- Sullivan, P. (1966). John Dewey's philosophy of education. *The High School Journal*, 49(8), 391-397.
- Wenger, E. (1999). *Communities of practice: Learning, meaning, and identity*. Cambridge University Press.

Bernardo Gutiérrez Razo

Bernardo Gutiérrez Razo es doctor en filosofía por la Universidad de Guanajuato y funge como docente investigador en el Centro de Actualización del Magisterio en Zacatecas. Su trabajo se centra en la estética entendida como filosofía de la sensibilidad y su relación con la experiencia educativa, la epistemología, la percepción del entorno y el aprendizaje como práctica situada y transformadora.